

NOTICIA DE RUMOR LEVE. DON OCTAVIANO VALDÉS.¹

Manuel Olimón Nolasco.

Noticia de rumor leve, sin estridencia alguna, fue el anuncio de la muerte, más allá de los noventa años de su edad, de don Octaviano Valdés. Sacerdote, hombre de letras, conversador y amigo. Todo ello a la manera de síntesis vital sin divisiones ni dicotomías, como don que se da a los demás.

Las generaciones contemporáneas mexicanas no pueden ya recordarlo con facilidad, pero quienes pueden traer a la memoria aquella “revista de cultura mejicana” (así escrita, con “jota”), *Ábside*, podrán reconocer su obra y presencia al lado de esos profundos buscadores de nuestra herencia clásica—indígena, hispana y occidental y por consiguiente grecolatina--, Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte y Ángel María Garibay. Ellos también sacerdotes, hombres de letras y amigos.

Algunos más podrán acordarse de las tertulias de letras (vieja costumbre de las capitales literarias) en las cuales en torno al mate, como nos lo ha recordado Héctor Azar, estaba “...rodeado de sus amigos de siempre: Gómez Robledo, Agustín Yáñez su compadre, el Chato Noriega, Andrés Henestrosa, Alí Chumacero, José Luis Martínez...don Manuel Pedroso; de vez en cuando el poeta Bergamín.”

La conciencia de que la cultura no tiene fronteras y de que el viaje cultural, el camino que a través de emociones, pensamientos y retos conduce al interior del hombre, es el camino para el encuentro fecundo con Dios, lo acompañó todos los días y vigorizó sin duda su sensibilidad y su trato, atinado y amable. ¡Qué diferente de la manera como muchos en la actualidad, incluidos sacerdotes, se relacionan con “la gente” por medio de burocracia, distancia, trato rasposo y poco delicado! La fe, la esperanza y la caridad como virtudes que se anidan en lo más íntimo del ser humano, se expresan en la cotidianidad sincera y abierta, sin amargura.

Para mí don Octaviano significó fraternidad y consonancia por más de un motivo. Solíamos encontrarnos puntualmente, alrededor del día de fiesta de Santa Rosa de Lima (30 de agosto) en la reunión anual de los exalumnos del Colegio Pío Latino de Roma en casa del más destacado de ellos, el cardenal Ernesto Corripio. Esa “fraternidad

¹ Al escribir una nota sobre la muerte de Álvaro Mutis (“Maqroll emprende su viaje definitivo”) para esta misma página electrónica, me acordé de lo que escribí a la hora de la de Monseñor Octaviano Valdés. Se publicó en el diario *El Universal* de la Ciudad de México el 8 de junio de 1991. Aquí la reproduzco literalmente.

piolatina” que nos hermana en mexicanidad, latinoamericanidad y romanidad a quienes nos diferenciamos hasta por más de un siglo, está en muchas realidades que, sin expresarlas por regla general en voz alta, forman parte de nuestra herencia cultural y religiosa. Yendo hacia sus primeros alumnos mexicanos, Ignacio Montes de Oca y Francisco Plancarte, vamos al encuentro con la firme confianza en la capacidad de la razón humana y los alcances de la modernidad, unida a la confianza y al amor al tesoro custodiado por la corriente humanista cristiana y católica, clásica y duradera, aunque sensible a la historia.

Esta veta humanista, presente en nuestro caminar mexicano del siglo XX, siglo de consolidación y de esperanza, se me ha puesto delante de los ojos al recordar a don Octaviano Valdés no sólo—como se decía a últimas fechas—“decano de los académicos” sino “decano casi de todas partes.”

Como suele pasar con los que escriben lo que piensan o lo que se imaginan, su sensibilidad interior se hizo presente en sus escritos.

Me vienen a la mente dos obras tuyas, *La cabellera de Berenice* y ese monumento de expresión literaria con aplicación histórica que es *El Padre Tembleque*, cuya primera edición es de 1945.² *La cabellera*, que hace con su nombre alusión a una constelación celeste, atraviesa los sentimientos generosos, pero no pocas veces atacados por los embates del “mundo” y de sus miedos e inseguridades, del seminarista mexicano que ha ido a Roma en tiempos difíciles para su patria. No va por delante—como en el *Diario de un cura de aldea* de Bernanos—la pesadumbre y el peso de la concepción secular del mundo, sino la esperanza que se reviste de caracteres pensados al tono de la época que viene y que hace superar la espesa negrura que de todos modos se percibe. La narración alcanza elevadas cumbres de comunicación cuando, por ejemplo, a propósito del saludo del muchacho a una bella joven, motiva la opción religiosa por el celibato, asumida en libertad.

El Padre Tembleque nos traslada al siglo XVI, cuando se iniciaba la evangelización en nuestra tierra y ésta se enfrentaba a obstáculos de todo tipo. En Otumba los indígenas se habían congregado a la escucha de la palabra del Evangelio y habían recibido el agua del bautismo. Pero les faltaba el agua del manantial que saciara su sed y la de sus animales domésticos.

² Tuve la oportunidad y la dicha de prologar la tercera edición de ese maravilloso escrito bajo el título de: *Con pies de júbilo*. (Editorial Jus, México 2005). En la sección *Libros en los ojos* de esta página electrónica puede leerse.

Ese “frailecillo cosa de nada” dirigió la construcción de un acueducto gigantesco que levase el líquido precioso desde Cempoala venciendo alturas y valles profundos. La debilidad del fraile, en cierto modo expresada hasta en el apellido tomado de su pueblo natal. Tembleque se convirtió en recia fortaleza no sólo para trabajar y animar al trabajo, sino para ponerse entre los indios y la avaricia de los conquistadores a la hora de utilizar el agua fresca que era principalmente “para que la tomaran sus hijos.” La muerte de fray Francisco de Tembleque, casi ciego, por manos de un lego loco, fue culminación de su vida: si ya no podía apreciar la luz de la sonrisa de los niños indígenas que habían apagado su sed, la luz nacía, con inigualable intensidad, en lo hondo del pozo de su espíritu. De una sed y de un agua, de una oscuridad y de una luz, se pasaba a otra, infinitamente más valiosa y, en realidad, la única y definitiva. Los arcos de piedra que poca gente ha visto, siguen testimoniando esta verdad acuciante.

Ahora el Padre Valdés goza de la Luz definitiva. Movidos por su ejemplo, nos toca al menos vislumbrarla.



olimon.org

(Jala, Nayarit, 24 de septiembre de 2013.)

manuel olimón nolasco

historiador

